

mero había sido diezmado frecuentemente, y siempre ellos habían probado en todas ocasiones que podían existir bajo el hierro y el fuego de sus enemigos: iba á llegar el tiempo en que la espada debía romper la espada. La cruz se apareció á un jóven conquistador y le prometió la victoria. "En el puente Milvius, dice Mr. Chateaubriand, á las orillas del Tiber y á la vista del Capitolio, dos religiones y dos mundos se encontraron frente á frente y con las armas en la mano. Maxencio interrogó los libros de las Sybilas, sacrificó leones, hizo abrir el vientre á las mujeres embarazadas para escudriñar los augurios en el seno de los niños arrancados de las entrañas de sus madres; entretanto Constantino en su campo se contentaba con decir lo que se grabó sobre su arco de triunfo, y que él alcanzaba por el impulso de la Divinidad y la grandeza de su genio. Las antiguas divinidades del Janículo, colocaron en derredor de sus altares á las legiones que habían enviado á la conquista del universo. Enfrente de estos soldados estaban los de Cristo. El *labarum* dominó á las águilas, y la tierra de Saturno vió reinar al que predicó sobre la montaña: el tiempo y el género humano habían dado un paso." ¹ Digamos nosotros mas: una revolucion radical se había realizado; el Calvario había vencido al Capitolio, los antiguos oráculos recibían su sancion; el Oriente prevalecía; el Cristo había arrancado el cetro del mundo á Satanás.

¹ Estudios, hist., tom., 1.

CAPITULO XXII.

Combates de la Cruz contra la fuerza intelectual.

Al mismo tiempo que la cruz resistía los rudos asaltos de la fuerza material, la fuerza intelectual, por su lado, la batía en brecha vivamente. En la antigüedad, careciendo, como hemos visto, la fuerza intelectual de una direccion justa y de una contraprueba cierta que le sirviese de punto de apoyo, no había sido poderosa sino para disolver y destruir en el órden moral. Ella tenía el secreto de este poder mortal, y cuando la cruz apareció, encontró en ella una enemiga que no resistiría mucho tiempo á sus esfuerzos conjurados. El judaismo, la idolatría y la filosofía concertaron su ataque é hicieron caer sobre la cruz una lluvia de dardos. Así como sucede cuando las malas pasiones se escitan contra un enemigo, cuya superioridad se siente institutivamente, este ataque no fué leal, y la fuerza material manifestó desde el primer golpe su debilidad y su degradacion no teniendo vergüenza de ir á buscar sus armas en los odiosos arsenales de la calumnia, de la injuria y de la delacion. Mas bien que un combate fué una requisitoria y un llamamiento á los verdugos. Los discípulos de la cruz fueron presentados como ateos, sediciosos, mágicos, visionarios y enemigos sobre todo de los dioses y del Estado. Los judíos les reprochaban haber abandonado la ley de sus padres para poner su esperanza en un hombre infamado con el suplicio, y de dar interpretaciones impías á las Escrituras. Ellos inventaban acerca de Jesus, de su nacimiento, de su condicion, de su vida, de sus milagros, mil fábulas obscenas, ridículas y absurdas. Los paganos á su turno, acusaban á los cristianos de ser gentes de la hez del pue-

blo, impostores y malvados que se reunían en asambleas criminales, en las que sacrificaban un niño, comían su carne y se manchaban después de este execrable festín con los incestos más abominables. Ellos emponzoñaban hasta sus virtudes y desnaturalizaban su caridad, sus beneficios, su unión fraternal, llamándolas conjuración, libertinaje y seducción. Los filósofos, en fin, se burlaban de su creencia, de sus misterios, de su género de vida, de su loca esperanza de resurrección, y de esa extravagancia inaudita que les hacía adorar á un Dios hecho hombre, muerto en el suplicio afrentoso de los esclavos.

Por poco fundadas que fuesen estas acusaciones se les arrojaban y se les daba acogida sin tomarse el menor trabajo para averiguar la verdad. "Nosotros estamos persuadidos, confiesa Minucio-Félix en su *Octavius*, que los cristianos adoran monstruos, que devoran niños, que se abandonan en sus banquetes á los excesos de la crápula, sin reflexionar que no se ha procurado comprobar tales acusaciones; que entre tantos culpables no se ha encontrado hasta ahora uno solo que haya confesado su crimen aun cuando hubiese estado seguro de la recompensa y de la impunidad; que por el contrario, todos se glorían de su religión y no se arrepienten más que de una cosa, de no haberla abrazado más antes. Y en tanto, añade, que no tenemos dificultad de defender á hombres culpables de sacrilegio, de incesto y de parricidio, no queremos ni oír á los cristianos."

Dos graves historiadores, Tácito y Suetonio, son un ejemplo evidente del odio ciego y apasionado con que se miraba á los cristianos, sin inquirir en manera alguna lo que eran en realidad. Tácito no vacila en hacerse el eco de una multitud irritada. A sus ojos los cristianos son unos miserables aborrecidos por sus infamias: los considera como culpables de odio al género humano, y por lo mismo dignos de los más crueles suplicios. Él llama á su culto una execrable superstición, y no teme por otra parte recoger esas vagas acusacio-

nes del encono de la muchedumbre que acepta y consigna con una ligereza increíble.¹ Suetonio vá más lejos todavía y cree haber justificado á Neron suficientemente de los tormentos infligidos á los cristianos, por tratarse de unas gentes que introducen una superstición nueva y dañina.² Plinio pregunta seriamente á Trajano si era solo el nombre de cristianos lo que en ellos se castigaba ó los crímenes que se suponían adheridos á este nombre.³

Como ya hemos dicho, durante mucho tiempo los cristianos no respondieron á todas estas indignas calumnias sino con la santidad de su vida y el brillo de sus buenas obras, ó cuando más se contentaban con protestar su inocencia delante de sus jueces, repitiendo como la vírgen Blandina: *Somos cristianos, y no se hace ningun mal entre nosotros*. Algunas veces, según el testimonio de Plinio, los cristianos débiles que apostataban á la vista de los suplicios, juraban que entre sus hermanos, á quienes habían tenido la cobardía de abandonar, no pasaba nada que no fuese digno y santo; y así la justificación por el poder de la verdad, venía de donde no hubiera debido esperarse. Pero en fin, para impedir á la calumnia cobrar autoridad y prescribir, para aclarar el error y desenmascarar la impostura, para demostrar la justicia de su causa y la verdad de su fé, numerosos apologistas se levantaron y llevaron á los oídos de los príncipes, de los magistrados y del pueblo la defensa de los cristianos y la explicación de su doctrina y de sus costumbres. Vióse sucesivamente entre los griegos tomar parte á San Justino, Taciano, Atenágoras, Teófilo, Hermias, San Clemente de Alejandría y Orígenes; y entre los latinos á Tertuliano, Minucio-Félix, Arnobio, Lactancio, Cipriano y muchos otros. Ellos comenzaron por quejarse altamente de que se diese tan fácil acogida á todas las calumnias que contra ellos se lanzaban, y que con desprecio de

1 Tac., *Anales*, 1, 15.

2 Suet., in *Ner.*

3 Epíst., 1. 10.

todas las leyes humanas se les condenase sin oírlos y solo por su nombre de cristianos. “Nosotros os suplicamos, dice San Justino al emperador Antonino, que no escuchéis á la pasión ni á los falsos rumores para formar juicios que os harán perjuicio á vos mismo; porque lo que es á nosotros no se sabría dañarnos aun cuando se nos arrebatasen la libertad y la vida. Que se haga una averiguación exacta de los crímenes que se nos imputan, y si se comprueban que se nos castigue; pero sino se nos halla culpables de ningún crimen, la recta razón prohíbe maltratar á los inocentes.”¹ “Los cristianos, dice á su turno Tertuliano, son los únicos á quienes se quita la libertad de defenderse ante sus jueces, y de informarles de lo que deben saber para fallar en justicia.”² Los apologistas procuran en seguida avergonzar á los perseguidores y hacer que se espanten de sus mismas crueldades. “¿Qué haréis, les grita Tertuliano con su fuerte voz, qué haréis con tantos miles de hombres y de mujeres de todas edades y de todas clases que presentan sus brazos á vuestras cadenas...? ¿De cuántas hogueras, de cuántas cuchillas no tendréis necesidad? ¿Diezmaréis á Cartago?”³ Con no menos vigor esclama á su vez San Cipriano. “¿Qué viene á ser este furor insaciable? ¿Qué quiere decir esta sed implacable de sangre cristiana? O es un crimen ser cristiano ó no lo es: si es un crimen, ¿por qué no condenais á muerte al punto que se ha confesado? y si no lo es, ¿por qué atormentais á los que son inocentes?”⁴

Después de estos preliminares, los defensores de la cruz se dedican á justificar á sus hermanos, á hacer resaltar sus virtudes, y á demostrar la excelencia de la doctrina que han recibido de Jesucristo. “Se nos acusa, dicen, de turbar la tranquilidad del Estado: que se examinen nuestros principios y

1 S. Just., Apol.

2 Tertul., Apol.

3 Idem.

4 Epíst. á Demetr.

nuestra conducta y se vendrá desde luego en conocimiento de que somos los súbditos mas sumisos, mas dispuestos á mantener la paz pública. Vuestras leyes y vuestros suplicios no contienen á los malvados; pero nosotros estamos persuadidos de que nada está oculto á los ojos de Dios. Se nos acusa de que no honramos á los emperadores por medio de sacrificios: nosotros no ofrecemos víctimas, pero rogamos al único Dios eterno y verdadero por la salud de los emperadores: nosotros los respetamos, pero no los llamamos dioses porque no sabemos mentir. ¿Acaso los cristianos son enemigos del Estado porque no rinden á la majestad imperial honores ilusorios, falaces y sacrílegos; porque consagrados, como están, á la verdadera religión celebran los días del emperador con una alegría interior y no con el escándalo y la licencia? ¿La alegría pública no se demuestra sino con la deshonra pública? ¿Lo que en cualquier día viola la decencia y el decoro, deberá ser lo que constituya el brillo de las fiestas del emperador...? Por lo demás, nuestra fidelidad no puede ser sospechosa, pues que teneis una prueba convincente en la paciencia con que sufrimos la persecución. No, los cristianos no son facciosos; sus reuniones no son criminales. Nosotros formamos un solo cuerpo porque tenemos la misma religión, la misma moral, las mismas esperanzas. Es muy extraño que nuestra caridad mutua sea para algunos un motivo de acriminación. Ved, dicen, cómo se aman; ved, cómo están dispuestos á morir los unos por los otros. Nuestra unión les admira porque ellos se aborrecen entre sí. ¿En qué, pues, delinquimos para merecer la muerte? ¡Vosotros, los que juzgais á los criminales, hablad! ¿hay entre ellos uno solo que sea cristiano? ¿Y cómo tampoco puede tratárenos de impíos porque adoramos al Dios verdadero, al Padre Eterno, autor de todas las cosas, á su hijo Jesucristo el Verbo encarnado, y al Espíritu Santo que ha hablado por la boca de los profetas? ¡Nosotros culpables de impiedad! ¡acusarnos de ateos cuando honramos á Dios, principio y conservador de todo lo que existe! ¿Esos

nombres odiosos á quien convendrian con mas justo título que á los que nos hablan de otro Dios? El de los cristianos es el que ha sacado al universo de la nada por su palabra, que lo ha organizado por su sabiduría, que lo rige por su poder. Los mismos paganos le reconocen naturalmente. Vuestros filósofos convienen en que el Verbo es el Criador del universo. Los cristianos añaden únicamente que habiendo sido pronunciado el Verbo por Dios, es Hijo de Dios, espíritu de un espíritu, Dios de Dios, como una luz encendida en otra luz. Este destello de Dios ha descendido al seno de una Virgen, y se ha hecho hombre unido á Dios, revistiéndose de carne, y esta carne sostenida por el espíritu, se alimenta, crece, habla, obra, y es el Cristo!"¹

No contentos con defender su causa con esta vigorosa elocuencia, y esclarecer su fé con las luces de una ciencia elevada, provocaron directamente á la lucha la fuerza intelectual. "¿Por qué, dicen valerosamente, por qué dirigirse á nuestros cuerpos que no pueden resistir? ¿A nuestras inteligencias no deberiais mejor dirigir vuestros ataques? Haced la prueba en nuestra virtud, librad el asalto á nuestra fé, empeñad el combate por la discusion, y seréis vencidos por nuestras armas, como vuestros dioses han sido vencidos por el nuestro."² No osando ya retroceder la fuerza intelectual, ante este arrogante reto, procuró colocarse en buena posicion. Bajo los nombres de Celso, de Porfirio, de Lucano, de Jamblico, de Máximo y de Hierocles entró orgullosamente en la liza, y olvidando que no habia sabido dar consistencia á ningun sistema, que habia conducido siempre inevitablemente el espíritu humano al escepticismo, sin asegurarle ni aun esta triste herencia, se constituyó por sí misma como la encarnacion de la buena fé y de la infalibilidad. Los gnósticos, y los neo-platónicos pretendieron ser los legítimos reguladores de toda doctrina. Hierocles y Celso intitularon presuntuosamente sus escritos

¹ S. Just., *Apol.* Arnob.—Tertul., *Apol.*

² S. Cipr. á Demetr.

contra el cristianismo, el uno *Discurso verdadero*, el otro *Filalétes*, es decir, amigo de la verdad.

Habia pasado ya el tiempo en que la ignorancia y el fanatismo podian atacar á su satisfaccion, por medio de calumnias y de falsas interpretaciones, á una religion que se veia obligada á ocultar sus misterios en las sombras del secreto; pero esta religion habia salido ya del fondo de las catacumbas, y ahora es á cielo abierto cuando la fuerza intelectual puramente humana va á tener que medirse contra la razon sostenida por la virtud de la cruz. Por un momento el universo entero guarda silencio y tiene fijas sus miradas sobre ese nuevo y vasto campo de batalla en que va á empeñarse la accion entre los dos campeones de las fuerzas beligerantes. La fuerza intelectual humana habia confiado sus intereses á las manos de Celso; Orígenes combatia por la cruz. El primero, filósofo hábil, amigo del satírico Lucano, armado de todos los recursos de una erudicion variada, del hábito del sofisma y de una ironía picante, comenzó el ataque con toda la destreza imaginable, procediendo con orden y minando la fé cristiana en su origen, en sus dogmas y en sus instituciones. No se puede decir mas en honor suyo sino que los filósofos del siglo XVIII no obstante las grandes luces de que se vanagloriaban y el instinto de su odio, no han creído poder hacer cosa mejor cuando han querido proseguir la obra de Celso que reproducir sus objeciones. Como él conocia á fondo el Antiguo y el Nuevo Testamento, y sabia el lazo estrecho, la solidaridad que los unia, los confundió en una misma causa y acumuló simultáneamente sobre el judaismo y el cristianismo, sus calumnias, sus invectivas y sarcasmos. La Iglesia se alarmó. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, hombre grande desde su infancia, como dice San Gerónimo, admirable por la universalidad y profundidad de sus conocimientos, ante el cual el filósofo Plotino no se atrevia á hablar por respeto, prodigio de austeridad como de ciencia y que ya habia luchado valientemente contra los verdugos, le